

de Dios; ni aun en favor del mismo Jesucristo, aunque Hijo del mismo Dios (1).

Así, de la misma manera que se ha ejecutado en lo pasado, se ejecutará siempre también en el porvenir con igual rigor; como si fuese un crimen el nacer, basta nacer hombre para ser mortal. El mismo seno que nos ha dado la vida, nos ha legado y transmitido el germen homicida de la muerte. Los pañales en que envolvieron nuestros miembros, la cuna que nos recibió en nuestro nacimiento, figuran la fúnebre mortaja que nos envolverá y el sepulcro que nos recibirá en la muerte.

La muerte es para nosotros una condición inevitable; no hay fuerza que la contenga, ni título que nos exima de ella, ni mérito que pueda oponérsela, ni artificio que la eluda, ni dignidad que á ella se sustraiga, ni médico que nos preserve, ni oración que la conjure: *Morti destinatos*.

¡Cuántos pontífices, cardenales, príncipes, jueces, prelados, ciudadanos de todos rangos y profesiones; cuántos artistas hemos conocido que transitaron por las mismas calles que recorreremos, y que habitaron en las mismas casas en que nosotros habitamos! Y ahora, ¿en dónde están? ¿Quién piensa, quién habla, quién fija su atención en ellos? Pasaron para el mundo como si jamás hubiesen existido en él. Hé ahí la suerte reservada á cada uno de nosotros. Á todos nos repite sin cesar la voz de Dios: «Insensato, que no piensas en la muerte; más pronto de lo que crees se te va á pedir tu alma, y á arrebatarte de este mundo: *Stulte, hac nocte animam tuam repetunt à te*. ¡Grande y terrible pensamiento!

Segun refiere San Jerónimo, encontrándose Jerjes en la cima de una montaña, y dirigiendo su mirada á su inmenso ejército que acampaba en la llanura, derramó un torrente de lágrimas al pensar que de aquella innumerable multitud de hombres que tenía á la vista, pasado un corto número de años ninguno quedaria con vida. «¡Oh, exclama el santo doctor, si nos fuera fácil

(1) Esto requiere una explicación: Jesucristo no fué comprendido en la sentencia de muerte en el mismo sentido que los demás hombres, ni que la misma bienaventurada Virgen María. La sentencia de muerte contra el Salvador no debió ser pronunciada en lo alto, sino á consecuencia de su obediencia voluntaria. (Nota del traductor.)

colocarnos en un sitio desde el cual pudiéramos descubrir toda la tierra, con cuánto más motivo nos afigiriamos y lloraríamos al reflexionar que no tan sólo de aquel grande ejército, sino de la innumerable multitud de hombres que hoy pueblan el mundo, dentro de muy poco ninguno quedará con vida!» (1).

En todo el mundo se cuentan unos ochocientos millones de vivientes. Pues bien, en el trascurso de tan pocos años, no habrá uno solo de esos hombres que haya escapado de la muerte. De todos los que habitamos en esta ciudad, de todos los que nos hallamos reunidos en este templo, dentro de pocos años no quedará ni uno solo. Otro predicador vendrá á anunciar desde este púlpito tan terrible verdad á otro auditorio. Y yo, que ahora os dirijo la palabra, y vosotros que me escucháis, ya no perteneceremos al número de los vivos; nuestro cuerpo estará en la tierra, y nuestra alma en la eternidad. Quién más pronto, quién más tarde, cuál de una manera, cuál de otra, desapareceremos de la escena de este mundo é iremos á poblar los sepulcros. Del mismo modo que nuestros nombres han sido inscritos en los registros ó libros de bautismo, lo serán también en los de difuntos; lo mismo que hoy decimos: «Tal persona, de buena memoria, mi padre, mi madre, mi hermano, mi amigo de feliz recordación», repetirán despues la misma fórmula con respecto á nuestro nombre. Porque, efectivamente, no quedará de nosotros sobre la tierra más que el recuerdo, y plegue á Dios que puedan decir: «De buena y santa memoria,» y no: «De funesta y detestable memoria.....»

Fijad además la atención en la palabra *repetunt*, se os pide, empleada en tiempo presente. Porque, segun San Pablo, esta palabra encierra un sentido profundo, y es que la terrible reivindicación de nuestra alma no se hará solamente en el porvenir, sino que va haciéndose poco á poco desde ahora; no moriremos de un solo golpe, sino que morimos sin interrupción y á cada instante: «Yo muero cada dia» (2), ha dicho el Apóstol.

(1) Oh! Si possim in talem speculam ascendere de qua universam terram sub pedibus nostris cerneremus! Jam tibi ostenderem non Xerxis tantum exercitum sed totius mundi homines qui nunc vivunt, in brevi spatio defuturus. (S. Hieron.)

(2) Quotidie morior. (1, Cor., xv.)

Todos estamos sometidos á un impulso continuo, al golpe de una accion permanente á que quisiéramos no obedecer, pero á la que no podemos resistir, y que cada día y cada instante nos impele hácia la muerte. Los diversos períodos de la edad en la vida son como vías diferentes y sucesivas que nos son pedidas una despues de otra, y que se desvanecen en el mismo orden. ¿Qué quiere decir: «He visto pasar mi infancia, mi juventud, mi edad madura», sino que esas edades sucesivas, esas porciones de mi vida me han sido pedidas, me han sido ya arrebatadas, y que al presente, á todas horas, se me pide tambien el último período de la vida, la vejez? *Repetunt à te*. Por manera que morirá tambien para mí este último período de la vida, y yo con él.

El primer paso que dimos en la carrera de la vida, fué el primer paso que dimos hácia la muerte (1). Todo año más que pasamos sobre la tierra, es un año ménos que nós resta para bajar al sepulcro. Antes de morir por completo y totalmente, no titubeamos en decirlo así, morimos en detallé y parcialmente. Todo momento que pasa nos lleva una porcion de nuestra existencia. El alimento, á la par que repara nuestras fuerzas, las gasta; el aire, que nos hace respirar, nos destruye; el sueño, dice San Ambrosio, aunque parece el reposo de la vida, la consume; dormís, pero vuestro sueño no duerme (2); miéntras dormimos, vela para impelirnos hácia la muerte. Durante el sueño, sin apercibirnos de ello, caminamos hácia la tumba, y cada mañana nos despertamos más próximos á la ribera de la eternidad. En fin, las fuerzas que cada año van debilitándose, la vivacidad que se extingue, los cabellos que encanecen, la vista que se acorta, los dientes que se caen, el oido que se pone tardo, la frente que se inclina hácia la tierra como para invocar la tumba que bien pronto nos recibirá, todo eso es efecto de la accion diaria é incesante de la muerte: *Quotidie morimur*.

Esta vida no es, pues, como dice San Gregorio, más que una muerte sucesiva, diaria, lenta y continua, pues que cada día nos quita alguna cosa y cada día algo nuestro muere y tiene fin. Tenemos ya muertos dos tercios de nuestra existencia, y el resto morirá

(1) Ex quo incipit vita in corpore esse, in morte est. (S. Aug.)

(2) Tu dormis, sed somnus tuus non dormit. (S. Ambros.)

tambien. ¿Qué es nuestra vida sino una prolongacion de la muerte? (1).

Pero cuando el maestro habla, el discípulo debe callar. Habia un hombre, que despues de reunir con grande trabajo una fortuna más que regular, en sus trasportes de júbilo, al ver su inmensa riqueza, decia para sí: «Alma mia, tranquilízate, no pienses más que en comer, beber, pasar agradablemente el tiempo, distraerte y entregarte con fruicion á los goces, los placeres y las diversiones; posees con qué vivir cómodamente durante largos años: *Anima mea, habes multa bona posita in annos plurimos; requiesce, comede, bibe, epulare*» ¡Ay! Una voz formidable, dice Jesucristo, hizo resonar vibraciones siniestras en el oido de aquel rico; era la voz de Dios que le dijo: «¡Insensato! ¿en qué piensas? ¿Qué estás diciendo? Esta noche misma los ministros de la Justicia divina vendrán á pedirte tu alma y á sacarte de este mundo: todos los bienes que has acumulado, ¿á quién pertenecerán?» Hé ahí, concluyó el Señor, lo que debe sucederos á todos vosotros, los que no pensais más que en adquirir honores y riquezas, y en gozar de los placeres del mundo, y de ningun modo en proveeros de los tesoros de la gracia divina: *Sic est qui sibi thesaurizat et non est in Deum dives*. Sois verdaderamente unos insensatos: á mitad de esta noche misma, noche horrible, noche oscurísima de vuestra inteligencia, desprovista de las luces santas de Dios, os veréis arrancar esa vida de que os manifestais tan altaneros: *Stulte, hac nocte animam tuam repetunt à te. Hac nocte*, sí, en esta noche espiritual, en medio de la cual los vicios y las pasiones han extinguido en vosotros la luz divina, todo sentimiento virtuoso; en esas densas tinieblas que rodean vuestra inteligencia; *hac nocte*, miéntras que no pensais en la muerte, sus ministros no dejan de marchar con paso rápido, y se apresuran á llegar para arrancaros vuestra alma criminal y presentarla ante el tribunal divino. ¿No sois verdaderamente un insensato en no pensar en la horrible catástrofe que se prepara en silencio contra vos? ¿No sois verdaderamente insensato en atormentaros tanto por vivir feliz y acumular bienes que no servirán de nada para morir bien? ¡Locura, necedad, que os expone á tener que lamentaros, aunque en vano, durante toda la eternidad! *Stulte, stulte, hac*

(1) Quæ est enim vita nostra nisi quædam prolixitas mortis? (S. Greg.)

nocte animam tuam repetunt à te, et quæ parasti, cujus erunt?

Al mismo tiempo, poco más ó ménos, puede referirse la muerte de Tiberio en Caprea, y de San Estéban en Jerusalem; la muerte de Neron en Roma, y la de San Pablo, ermitaño, en el desierto; la muerte de San Félix, capuchino, en Italia, y de Enrique VIII en Inglaterra; y en fin, la de Felipe, rey de España, en su palacio, y la de San Juan de la Cruz en su convento. ¿De qué sirvió á los primeros la grandeza mundana? ¿Qué mal produjo á los segundos la penitencia? ¿De qué sirvió á los primeros el haber sido temidos y adulados? ¿Qué sucedió á los segundos por haber sido despreciados en el mundo? ¡Ay! ¿Con cuánto gusto trocarian hoy los primeros su suerte por la de los que en la tierra no se hubieran dignado honrar ni áun con una mirada? ¡Ay! ¡Todo es vanidad, todo es delirio, todo es miseria, todo es encanto fugaz y pasajero, ménos el servir á Dios, mortificarse y salvarse! ¿De qué sirve el orgullo y la ostentacion de las riquezas? (1). ¡Vanidad sobre vanidad; todo es vanidad! (2). ¡Dichosos solamente los que se sepultan vivos en el retiro, para no ser despues de su muerte sepultados en el infierno! ¡Dichosos los que ántes de morir para la carne, mueren para los vicios, y que mueren en el seno de Dios, despues de haber vivido segun Dios! (3).

SEGUNDO PUNTO. El divino Maestro, al terminar la historia del rico voluptuoso con esta reflexion: «Lo mismo sucede á todo el que atesora para el mundo, y no piensa en enriquecerse segun Dios y con Dios» (4), ha querido inculcarnos que nos era preciso, en vista de la muerte que vendrá á sorprendernos más pronto de lo que pensamos, desprendernos de los afanosos cuidados del siglo, no tener otro anhelo que cumplir la ley de Dios, colocar en Dios nuestra confianza y nuestro amor, conservar y acrecentar la gracia de Dios, que nos valdrá la posesion de su gloria, porque eso es, segun la interpretacion de los Padres, atesorar con habilidad y buen juicio, y enriquecerse en Dios y para Dios.

Nuestro bondadoso Salvador, no satisfecho no obstante con habernos inculcado esta importante doctrina, nos la ha hecho repetir y explicar ámpliamente por su Apóstol.

(1) Quid profuit superbia aut divitiarum jactancia? (*Sap.*, v.)

(2) Vanitas vanitatum et omnia vanitas!

(3) Beati mortui qui in Domino moriuntur. (*Apoc.*, xiv.)

(4) Sic est qui thesaurizat et non est in Deum dives. (*Evang.*)

¿Qué pensariais, nos dice San Pablo, de un viajero que dispase todo cuanto poseia en el viaje, sin considerar ni tener en cuenta que volveria pobre á su país, en donde debia permanecer? Pues tal es justamente nuestra imprudencia en dejar que absorban todo nuestro tiempo, toda nuestra inteligencia, todas nuestras fuerzas, toda nuestra actividad y toda nuestra vida los intereses del mundo presente, en el que no estamos más que de paso, miéntras nos encontramos desprovistos de todo y miserables en el mundo por venir (1).

¿Que diréis de un extranjero que se dedica á adornar y embellecer una habitacion ó una casa de que no tiene más que un uso precario, y que de un momento á otro puede ser lanzado, miéntras que no se ocupa en manera alguna de la casa que le pertenece en propiedad y en que debe habitar definitivamente? Pues tal es justamente nuestra locura, que no pensamos más que en llegar á hacernos ricos y felices en la tierra, de donde podemos á cada instante ser arrojados, en donde no hacemos más que aparecer y desaparecer rápidamente, miéntras que no pensamos de modo alguno en la casa de nuestra eternidad, en donde nos será preciso habitar para siempre. ¿Tenemos aquí una ciudad permanente, y no somos todos ciudadanos de la ciudad por venir? (2). Hermanos míos, continúa San Pablo, pues que el tiempo es tan corto, la vida tan fugaz, la muerte tan inevitable, los que tienen familia deben vivir como si no la tuviesen; los que poseen una fortuna terrestre deben desprenderse absolutamente de ella como si nada poseyesen; los que gimen en la afliccion no tienen más que acordarse del consuelo eterno que los espera: porque toda riqueza concluye por perderse, toda gloria se eclipsa, toda autoridad cesa, toda grandeza declina, todo placer vuela, toda felicidad terrestre se desvanece; porque todo lo que hay en el mundo es una escena fugitiva, que bien pronto desaparece con el mundo (3).

(1) Dum sumus in corpore peregrinamur à Domino. (*II, Cor.*, v.)

(2) Non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus. (*Hebr.*, xiii.)

(3) Fratres, tempus breve est. Reliquum est ut qui habent uxores, tanquam non habentes sint; et qui flent tanquam non flentes; et qui gaudent tanquam non gaudentes; et qui emunt tanquam non possidentes; et qui utuntur hoc mundo tanquam non utantur; præterit enim figura hujus mundi. (*I, Cor.*, vii.)

Y en efecto, concluye San Agustin, si tal es nuestra condicion con respecto á este mundo, ¿no sería el partido más prudente el renunciar á los deleites de este cuerpo, que ha de perecer bien pronto y convertirse en podredumbre? ¿El hacer que lleguen hasta el cielo, por mano de los pobres, esos bienes que la muerte debe arrebatarnos? ¿El mantenernos alejados de los honores y de todos esos títulos y dignidades que deben desaparecer en la tumba? ¿El dejar el mundo ántes que el mundo nos deje? ¿Y el tener como un mérito el renunciar á todas esas cosas terrenales, de que por necesidad habrémos de vernos despojados algun dia? (1).

Sí, obremos cuerdamente; no dejemos para el tiempo de la muerte, ni vanidades que destruir, ni ignominiosas intrigas que interrumpir, ni lazos profanos que romper; prevengamos con un desasimiento voluntario un abandono forzoso. Hagamos á Dios un holocausto de todo lo que tal vez debe ser presa de la muerte. Muramos para el pecado por la mortificacion cristiana, ántes de morir para la vida por la muerte natural. Porque de esa manera, habiendo sabido morir de antemano espiritualmente por la energía del espíritu, morirémos con calma y alegría en Dios y con Dios, cuando llegue la hora de espirar, segun la condicion del cuerpo, y serémos verdaderamente dichosos: *Beati mortui qui in Domino moriuntur*. Así sea.

(1) Expediit relinquere quam relinqui (S. Aug.)

UNDÉCIMA HOMILÍA.

EL ADMINISTRADOR INFIEL,

Ó LAS VENTAJAS DE LA LIMOSNA.

Facite vobis amicos de mammona iniquitatis; ut cum defeceritis, recipiant vos in eterna tabernacula (SAN LÚCAS, XVI).

Atraeros amigos por medio de riquezas injustas, para que cuando llegéis á carecer de ellas, esos amigos os reciban en las mansiones eternas.

Es un espectáculo bien doloroso para la verdadera fe y la verdadera piedad el ver todas las intrigas que se traman los hombres, todos los gastos á que se someten, todas las humillaciones á que se resignan, y todas las bajezas que cometen, para asegurarse protectores al lado de los reyes de la tierra, cuando nada ó casi nada hacen para asegurarse protectores para con el grande Monarca de los cielos.

Para precavernos contra esa profunda demencia, contra esa contradiccion monstruosa y funesta, contra ese espíritu de codicia que corre anhelante tras las ventajas de este mundo, y descuida las de la otra vida, el Hijo de Dios, con un tono de tierna misericordia, á la par que de amenazadora severidad, dirigió á los sacerdotes judíos, y en sus personas á todos nosotros, estas graves palabras: «Convertid en capital de mérito y de virtud para el cielo las riquezas de la tierra, que con harta frecuencia suelen ser producto y alimento de la iniquidad. Derramadlas en el seno de los pobres, y formaos de ese modo amigos al lado de Dios, que cuando llegéis á morir, recogiéndoos en sus brazos, os introduzcan en las mansiones eternas.»